

DESCUBRIENDO LA CIUDAD (I). EL URBANISMO MALAGUEÑO SEGUN LOS VIAJEROS EXTRANJEROS DEL SIGLO XIX.

FRANCISCO GARCIA GOMEZ

RESUMEN

El XIX fue el gran siglo de la literatura de viajes, marcada hondamente por el signo del Romanticismo. Las obras de los viajeros extranjeros constituyen un excelente testimonio para el conocimiento de España y, en especial, de la visión cargada de tópicos que de este país tenían en Europa. La ciudad de Málaga fue una de las más visitadas de Andalucía, debido principalmente a sus atractivos naturales y económicos. En este primer trabajo sobre los viajeros y el arte malagueño, analizaremos las impresiones que en aquellos producía su urbanismo, precisamente lo que menos valoraban de Málaga.

ABSTRACT

The nineteenth was the great century for travel writing, a period deeply stamped with mark of Romanticism. The works of foreign travellers constitute excellent testimony for our acquaintance with Spain and particularly with that clichéd vision the rest of Europe then had of this country. The city of Malaga was one of the most visited in Andalusia principally for its natural beauty and economic attraction. In this first work on travellers and art in Malaga, we will analyse the impressions that these writers gained of the city's architecture, this being precisely the aspect of Malaga that has been least valued.

1. EL VIAJE ROMANTICO POR ESPAÑA.

Ahora, en la estresante época de las agencias de viajes y de los *tours* organizados, en los que en dos semanas se pasa por tres o cuatro países y por 15 ó 20 ciudades, la imagen del viajero decimonónico se pierde en la noche de los tiempos. Aquellos personajes que, cargados de baúles, recorrían con gran parsimonia los países durante meses e incluso años, se han convertido en una especie en vías de extinción. Pero de ellos y de su época perdura el recuerdo bajo la forma de una modalidad de escritura que se remonta hasta Gilgamesh y Homero: la literatura de viajes. Difícil género éste. A lo largo de las próximas páginas veremos numerosos ejemplos de libros de viajeros del XIX, pero son sólo

unos pocos los que poseen auténtica calidad literaria. Lo cual se debe tanto a motivos puramente estilísticos como a otros que se atienen al modo de entender el viaje: sus autores no se conforman con «mirar», sino que desean «vivir» con intensidad la estancia en el extranjero. Y este estado de ánimo constituye la esencia del auténtico viajero vocacional.

En esta concepción tuvo mucho que ver el Romanticismo, que llegó a inaugurar una nueva época en la historia de los viajes, y cuya influencia llega hasta nuestros días. Este cambio resulta aún mayor al compararlo con la actitud de los viajeros ilustrados. Para estos últimos el viaje no tenía casi nada de aventura, pero sí mucho de estudio. De hecho, el *Grand Tour* se consideraba un complemento indispensable en la formación del individuo. Una vez aprendido lo esencial, debía viajar por Europa para corroborar sus conocimientos, para afirmarse en esa visión del mundo. Lo cual explica que los libros de viajes dieciochescos constituyan sin duda los más aburridos de todos, pues sus autores -con algunas agradables excepciones-, movidos por ese afán de aprender y de clasificarlo absolutamente todo, se limitan a exponer sus conocimientos del país en cuestión, abarcando las más diversas materias. De ahí que estas obras tengan más de tratado enciclopédico que de exposición de sus vivencias. Todo lo contrario que los románticos, para los cuales lo fundamental es, más que el frío aporte de datos, la transmisión al lector de sus sentimientos ante los lugares visitados. La objetividad expositiva ilustrada deja paso a la subjetividad romántica. Lo que el relato pierde en erudición lo gana en intensidad emotiva: estos libros están más cerca de la novela que del ensayo.

Esta transformación del modo de concebir el viaje supuso también una nueva relación del viajero con España, país que se convirtió durante el XIX en uno de los destinos favoritos de los europeos. Para la mentalidad racional ilustrada, nuestro país resultaba imposible de catalogar. Sus esquemas homogeneizadores resultaban destrozados ante la diversidad española, por lo que, dada la dificultad de explicarla, lo más sencillo era ignorarla. *No había por tanto invitación al viaje ibérico, porque era un peregrinaje que no podía ser pedagógico, ilustrativo, sino más bien desorientador* (1). De ahí que las preferencias del *Grand Tour* se decantasen por países tan fácilmente asimilables como Alemania, Italia y Suiza, cuyas identidades no escapaban a la comprensión (2). En cambio, sería preci-

(1) GONZÁLEZ TROYANO, A. «Los viajeros románticos y la seducción «polimórfica» de Andalucía», en A.A.V.V. *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*. Málaga 1987, 14.

(2) *Ibidem*. 13.

samente esa heterogeneidad hispana lo más valorado por los románticos. Para ellos, el viaje suponía otra forma de esa ansiada evasión de la realidad cotidiana. Así, lo que les atraía era lo diferente, lo heterodoxo, lo extraño, lo ambiguo, lo exótico, lo que se saliera de los moldes. Uno de los países que mejor satisfacía esta demanda era España, que presentaba una imagen fragmentaria e insólita que en la mayoría de los aspectos no se correspondía con la del resto de Europa. Hacia él volvieron sus miradas los viajeros deseosos de novedad. Y dentro de España, la región más representativa, más variada, más incoherente, más enigmática, más inexplicable, la de mayor mestizaje cultural, era sin duda Andalucía. Debido a tal diversidad, cada viajero se lanzaba a la aventura buscando en esta tierra algo distinto a los demás y, por supuesto, lo encontraba, ya que la proteica Andalucía siempre suministraba la respuesta adecuada a las diferentes subjetividades (3). De este modo lo andaluz se convirtió en la principal atracción para los extranjeros, hasta el extremo de llegar a erigirse en sinónimo de lo español. Raro era el viajero que entraba en España y no se dirigía al Sur, e incluso para algunos éste llegó a ser su único destino, al considerar que la estancia en Andalucía era suficiente para el conocimiento de España.

Fue en el Romanticismo cuando se creó una imagen tópica de Andalucía que, tanto para bien como para mal, aún en nuestros días perdura. Todo viajero posee, en mayor o menor medida, un concepto previo del país que se dispone a visitar. Junto al equipaje, carga con una serie de prejuicios -fruto de sus creencias, educación, costumbres, mentalidad, de su cultura, en suma- de los que le será difícil despojarse. Y sobre Andalucía había en el XIX más tópicos que sobre ninguna otra región europea. La simple pronunciación de su nombre bastaba para suscitar en el inglés o en el francés (con mucho, y por este orden, los europeos más viajeros del siglo pasado) una serie de evocaciones que enardecían su mente: exotismo, Oriente, moros, Alhambra, bandoleros, gitanos, bellas mujeres, pasión, toros, sangre,... y un largo etcétera de imágenes más o menos reales, más o menos fantaseadas, unas fundadas y otras no, pero que desde luego sí existían en su subconsciente.

Así, por encima de las diferencias que se dan entre cada uno de los viajeros, hay una serie de tópicos sobre España y Andalucía comunes a todos ellos casi sin excepción. Mientras que se muestran apasionados por su clima, sus paisajes y su arte, esta admiración no se extiende a los habitantes, a los que consideran demasiado pasionales, violentos, fanfarrones, ignorantes, supersticiosos y vagos.

(3) *Ibidem.* 17.

Para la explicación de ese carácter suelen recurrir a un determinismo basado en la climatología y el medio físico (4). No obstante, coinciden en exculpar al pueblo y hacer responsable de la pésima situación nacional al mal gobierno de las clases dirigentes, tiranas y opresoras, que han convertido España en un lugar atrasado, pobre y en creciente decadencia. Decadencia que según ellos se inició con la culminación de la Reconquista y con la definitiva expulsión de los moriscos. Por lo tanto, consideran que es a los musulmanes a quienes los españoles deben la mayor parte de sus virtudes (5). Estos prejuicios son aún mayores en los ingleses, pues añaden el factor religioso como una de las principales causas de dichos males (6). Obviamente, sostienen que no existirían si los españoles hubieran seguido el beneficioso ejemplo de la civilizada Inglaterra, abandonando la poderosa y nociva influencia de la Iglesia romana. Es decir, es patente en estos viajeros la inalterable idea de la superioridad de su patria en todos los aspectos, convicción que a veces adquiere un carácter casi redentorista. Las condenas morales de la situación española abundan en sus páginas.

Fueron varios los motivos que contribuyeron a la creación de estos tópicos hispanos. En primer lugar, razones políticas, pues el antagonismo entre España y determinados países europeos, en especial Inglaterra, se remontaba a los tiempos del imperio español -cuando en sus dominios se forjó la *leyenda negra*, inmediatamente apropiada por los ingleses-, y apenas se vió alterado durante la alianza contra la invasión napoleónica (7). En segundo, lugar, como ya hemos comentado, las diferencias entre católicos y protestantes, manifestadas bajo la forma de la más feroz intolerancia mutua. En el XIX este fanatismo se vió favorecido por un «integrista» populista común, con sus naturales diferencias, a sendas iglesias: superstición en España, puritanismo en Inglaterra (8). Tampoco podemos

(4) BERNAL RODRÍGUEZ, M. «Tipologías literarias de la Andalucía romántica», en A.A.V.V. *La imagen de Andalucía...op. cit.* 110-1.

(5) La difusión de este mito orientalista constituye una de las principales diferencias de los viajeros románticos respecto a los ilustrados, poco interesados por la cultura musulmana.

(6) Sobre la imagen de España en la Inglaterra decimonónica: ALBERICH, J.M. «La imagen de España en la Inglaterra del ochocientos», *Filología Moderna* 52-53, 1974-5, 95-116 y «Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica», en A.A.V.V. *La imagen de Andalucía...op. cit.* 21-44.

(7) Es más, al término de la guerra los políticos, militares e historiadores británicos menospreciaron la actuación caótica -pero efectiva- de la guerrilla española, monopolizando en su ejército todo el mérito de la derrota francesa. Algo similar, pero a la inversa, sucedió con la opinión pública española, que consideró innecesaria la intervención militar inglesa. ALBERICH. «La imagen...art. cit. 103-4. Incluso aquella nación que se enorgullecía de su vieja democracia, llegó a asustarse seriamente cuando advirtió que la Constitución española llegaba más lejos de lo tolerado en aquel entonces. *Ibidem.* 106-7. No obstante, debemos resaltar la contribución de la Guerra de la Independencia a la imagen de España, ya que, pese a aquella actitud prepotente, muchos ingleses -e incluso algunos franceses- reconocieron el valor y el orgullo demostrados por el pueblo español en la lucha contra el invasor.

(8) ALBERICH. «Actitudes...art. cit. 31-2.

olvidar el papel jugado por la literatura española del Siglo de Oro, pues autores como Cervantes y Calderón, personajes como Don Quijote y Don Juan y géneros como la picaresca y el teatro fueron especialmente valorados por el Romanticismo. A ello se unen las obras de tema español escritas por extranjeros, en especial las *Aventuras de Gil Blas de Santillana* de Lesage, que junto al *Quijote* se convirtió en el libro de cabecera para todos los europeos interesados por nuestro país. De esta forma, se extendió el cliché de que la España decimonónica apenas había cambiado respecto a la del tiempo de los Austrias. Es decir, predominaba una imagen literaria de lo español, siempre asociada a lo andaluz, y que se hacía patente en la idealización de una serie de personajes de vida intensa y marginal, que se convertían en estereotipos heroicos: el bandolero, el torero, el gitano, la «bailaora»... (9) En cambio, el resto de la población solía ser menospreciado.

A su vez, no hay que olvidar que muchos andaluces se encargaban de fomentar esa imagen tópica, principalmente por su afán de protagonismo, su noción del espectáculo (10) y su gusto por la exageración. Como resultado, la visión distorsionada de los viajeros, en lugar de rectificarse, persistía y hasta se fortalecía aún más. Contra este falso concepto de Andalucía y de España reaccionaron ya en la primera mitad del XIX los escritores costumbristas españoles. En su prólogo al *Panorama matritense*, Ramón de Mesonero Romanos pretendía con este género ofrecer una imagen verídica de nuestro país, en especial de lo popular, diferente a la extendida por los extranjeros. Pero los resultados del costumbrismo saltan a la vista y son hartamente conocidos. Lo que se obtuvo fue una nueva imagen, si bien tan tópica como la anterior, a base de estereotipadas escenas castizas descritas con escasa calidad tanto literaria como documental -hay excepciones, aunque pocas. Cuadros de costumbres de interés meramente localista cuya artificiosidad fue inmediatamente asumida por los viajeros foráneos y reproducida en las páginas de sus libros, con lo que los objetivos de los costumbristas se cumplieron...pero para deformar aún más la realidad (11). Resultado: esa *España de pandereta* que aún en nuestros días imaginan numerosos turistas.

Por lo tanto, los viajeros arribaban dispuestos a corroborar esta imagen apriorística que de Andalucía se habían forjado en su país, y lo que hacían era proyectarla sobre la realidad andaluza. Es decir, acababan viendo lo que desde

(9) BERNAL RODRÍGUEZ. *op. cit.* 101-23.

(10) BERNAL RODRÍGUEZ, M. *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Sevilla 1985, 26.

(11) Sobre este asunto: MONTESINOS, J.F. *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*. Madrid 1965 y MARCO, J. «El costumbrismo español como reacción», en A.A.V.V. *La imagen de Andalucía...op. cit.* 125-39. Sobre Málaga: ALVAR, M. «Costumbrismo malagueño», *Jábega* 16, 1976, 66-70.

el primer momento pretendían ver, y en la mayoría de los casos sólo eso. La imaginación, muchas veces, llegaba a suplir la realidad. Algunos, incluso, regresaban a casa sin haber alterado en lo sustancial ese primitivo concepto, e incluso con una visión aún más deformada que la inicial. Sólo unos pocos profundizaban en la realidad y conseguían descubrir algo más que les hiciera cambiar de opinión.

Todos estos prejuicios, obviamente, eran vertidos a la hora de narrar en letra impresa la crónica de sus peripecias andaluzas, lo que hace que debamos andar con cuidado a la hora de utilizarlos como documentos para conocer la España del momento. Sus datos no son siempre fiables, y menos aún sus comentarios, pues ya hemos visto que su principal cualidad es precisamente el subjetivismo. Pero es que, salvo excepciones como la obra de Richard Ford -como su nombre indica, una guía, un *Manual para viajeros por España*- sus autores no se proponen otra cosa más que la plasmación de sus impresiones ante el viaje. El interés de esta literatura consiste precisamente en la visión que del país visitado ofrece el yo del visitante. Por lo tanto, la objetividad está de más o, a lo sumo, aparece en equilibrio con lo subjetivo. La mirada de los libros de viajeros se obtiene a través de un prisma deformante, que constituye la mentalidad de su autor. Pero esa lente, que a veces se convierte incluso en un espejo grotesco, puede ayudarnos a conocer la realidad española, ya que tras aquella exageración siempre se encuentra un fondo de verdad. Sabiendo leer entre líneas -y ahí estriba la dificultad-, nos ofrecen una magnífica información sobre la tierra que recorren. A su vez esos prejuicios, que no deben desecharse ya que constituyen sin duda el elemento más destacado de las obras, resultan imprescindibles para el conocimiento de la cultura y la mentalidad tanto del autor como de su país de origen.

Aunque el romanticismo constituye un poso que permanece en casi todos los viajeros hasta bien entrado el siglo XX, pueden apreciarse diferencias según el momento en que éstos vienen a España. La gran época de los libros de viajes, es sin duda la primera mitad del XIX, en especial las décadas de los años 30 y 40, los más plenamente románticos. Con anterioridad se observa aún la influencia del viaje ilustrado, mientras que en la segunda mitad del siglo ya se aprecia una mayor repercusión del positivismo. Manuel Bernal establece una división en cuatro períodos: libros anteriores a 1808 (sin apenas diferencias respecto a los ilustrados), escritos durante la Guerra de la Independencia (principalmente por militares y centrados en la realidad bélica), los del segundo cuarto del siglo (los románticos puros) y los posteriores a 1850 (con un mayor interés por los datos, aunque aún permanecen esquemas románticos, suelen estar escritos bajo la estela de Ford, y se aprecia también la influencia del costumbrismo español) (12).

(12) BERNAL RODRÍGUEZ. *La Andalucía...op. cit.* 15-6.

Los motivos que mueven a estos extranjeros a dirigirse hacia España son muy diversos. Los herederos de los ilustrados viajan por razones de estudio, para ampliar sus conocimientos. Los que vienen durante la Guerra de la Independencia lo hacen por causas bélicas, por lo que se trata básicamente de militares o diplomáticos ingleses y franceses. Otros son clérigos protestantes que vienen a nuestro país con la misión de difundir su religión y su Biblia. También nos encontramos con comerciantes que se trasladan por motivos económicos. Por otro lado, hay un tipo de viajero que puede considerarse «profesional», el cual recorre el mundo con el fin de elaborar manuales y guías para futuros viajeros (Richard Ford es sin duda el más destacado) (13). Y, por último, se encuentran los turistas, los que viajan nada más -y nada menos- que por el puro placer de hacerlo y para gozar de su ocio -lo cual no quiere decir que los anteriores no disfrutaran-, amplio grupo en el que se inscriben casi la totalidad de las mujeres viajeras del XIX y del que parte el concepto de recorrido turístico predominante hoy en día -con las lógicas variaciones producidas a lo largo de nuestro siglo. En cuanto a sus nacionalidades, predominan los anglosajones -fundamentalmente ingleses-, sin duda alguna los mejores viajeros de los últimos siglos. En segundo lugar se encuentran los franceses, seguidos a mucha mayor distancia por italianos y nórdicos. Desde el punto de vista de su extracción social, se trata obviamente de personas con los medios económicos suficientes para permitirse el lujo de permanecer largas temporadas fuera de casa: es decir, burgueses y aristócratas de considerable cultura; origen éste que aparece reflejado en sus escritos.

Dentro de Andalucía, son varias las ciudades que centran la atención de los extranjeros (14). En primer lugar, y a gran distancia respecto a las restantes, Sevilla, Granada y, algo menos Córdoba, por obvios motivos históricos y artísticos relacionados con su pasado árabe. Nada mejor que la Alhambra para excitar la imaginación de unos individuos imbuidos de romanticismo hasta la médula y que gozan del privilegio de poder alojarse entre los muros del viejo palacio nazarí, convertido durante el XIX en todo un mito tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Tras ella, la Mezquita de Córdoba y los Alcázares sevillanos también producen en el visitante sensaciones intensas por sus valores artísticos y, sobre todo, por su poder de evocación. Cádiz y Málaga les atraen, más que por sus monumentos, por su clima -en especial el malagueño-, su cómoda accesibilidad -cercanas además a Gibraltar, lo que es muy tenido en cuenta por los ingleses-

(13) KRAUEL HEREDIA, B. *Viajeros británicos en Andalucía. De Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*. Málaga 1986, 111-2.

(14) LÓPEZ ONTIVEROS, A. «El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica», en A.A.V.V. *Viajeros y paisajes*, Madrid 1988, 44.

y su actividad comercial. En cuanto a las tres restantes capitales andaluzas, apenas son visitadas. Sí lo son, en cambio, otras ciudades como Ronda -por su ambiente y la sublimidad de su enclave-, Jerez -por su riqueza vitivinícola-, Écija, Carmona, Antequera o Úbeda.

2. LOS VIAJEROS Y MÁLAGA. LA LLEGADA.

Como acabamos de indicar, Málaga puede considerarse una ciudad de «segunda fila» dentro de las preferencias andaluzas de los viajeros. Sin alcanzar el nivel de Sevilla, Granada o Córdoba, al menos sí ofrecía una serie de atractivos que hacían que a un buen número de extranjeros les mereciera la pena dirigir sus pasos hacia ella. Su gran poder sugestivo se basaba fundamentalmente en el clima -como ha sucedido desde la Antigüedad, y más aún en nuestros días-: una situación geográfica que suaviza los inviernos y un calor veraniego que es contrarrestado por la presencia del mar. La fama de esta climatología incluso llegaba por aquel entonces a traspasar las fronteras españolas. Así, Richard Ford decidió venir porque, como afirmaba en una carta de 15-IX-1830, el cónsul inglés en Málaga, Mr. Mark, le había dicho que la ciudad era *un segundo Paraíso* (15) (Vicente Aleixandre no ha sido el primero en establecer esta metáfora paradisíaca, aunque sí el que la ha expresado de una forma más bella).

En las frías y brumosas tierras del norte, las noticias sobre el delicioso clima malagueño llegan a oídos del viajero, quien decide incluir la ciudad sureña en su itinerario por Andalucía. Aparte de ésto y de su vino, en aquel momento poco más sabe sobre Málaga, a no ser que haya leído el relato español de alguno de sus compatriotas; pero su espíritu inquieto está dispuesto a vivir con intensidad ese descubrimiento. Es el elemento de aventura que contiene todo viaje, incluso el más planificado. Por lo que se refiere a su acceso, nuestra ciudad tiene el aliciente de que puede llegarse a ella tanto por tierra como por mar. La ruta terrestre, que es sin duda la más dura, cuenta con varios caminos posibles. Los que llegan desde Granada suelen hacerlo a través de Vélez y Alhama, aunque a partir del segundo cuarto del siglo también existe la alternativa del camino de los Montes de Málaga (por Colmenar y Loja), desde el que se obtiene una de las más espectaculares vistas de la ciudad. Sin embargo, por encontrarse en mejor estado y ser más seguro (16), se prefiere el primero, que en su último tramo discurre junto al mar y entre los cultivos de la costa oriental. Por aquí llega el bostoniano

(15) En GÁMIR SANDOVAL, A. *Algunos viajeros del siglo XIX ante Málaga*. Granada 1962, 31.

(16) KRAUEL HEREDIA. *op. cit.* 194-6.

Robert Semple, quien en *A second journey in Spain, in the spring of 1809* (Londres, 1809), nos describe su primera impresión malagueña:

Desde un punto elevado cruzamos con la mirada la bahía de Málaga y observamos al otro lado la ciudad de Churrana, pero Málaga no apareció hasta que no estuvimos a unas dos millas; lo primero en llamarnos la atención fueron las ruinas de las torres moras que hay sobre un monte al este de la ciudad, y la catedral, que sobresale por encima de todos los demás edificios (17).

Semple advierte, pues, lo que constituyen las principales señas de identidad de Málaga: la Catedral y el conjunto Alcazaba-Gibralfaro. Monumentos que, debido a su volumen y emplazamiento, son lo primero en avistarse tanto si se viene desde el interior como desde el Mediterráneo. Una vez dentro de la ciudad, se convertirán en lógico punto de referencia para el forastero, además de en lugares favoritos para visitar.

Otros vienen por Ronda (procedentes generalmente de Sevilla o de Cádiz), siguiendo el montañoso camino que atraviesa la Sierra de las Nieves, hasta llegar al fértil valle del Guadalhorce. En su *Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home* (Londres, 1845), Richard Ford advierte de la dureza de esta vía (18). Pero antes ya ha sido utilizada, por ejemplo, por los franceses André François Miot (1810) y Astolphe Custine (1831), quienes coinciden en destacar la riqueza agrícola de aquella vega, en la que abundan los cultivos subtropicales que tanto gustan a los europeos. No obstante, la vista de Málaga desde este lugar no posee la misma espectacularidad que la que se disfruta en los Montes, el camino terrestre desde el que mejor se valoran la Catedral y Gibralfaro.

Una visión similar a la del camino de Ronda la consiguen los que vienen desde Cádiz o Gibraltar bordeando la costa occidental. Pasados los montes de los Manantiales de Torremolinos, se penetra en la llanura del Guadalhorce, y se entra en la ciudad a través de El Perchel. Es esta la ruta utilizada por William Jacob en 1810 y la recomendada por Richard Ford para acceder a Málaga por tierra. Ya desde el siglo XVIII había sido muy seguida, en especial por los viajeros británicos -recordemos, por ejemplo, a Francis Carter y su *A Journey from Gibraltar*

(17) En MAJADA NEILA, J. *Viajeros románticos en Málaga*. Salamanca 1986, 26. Teophile Gautier en 1840 y Jean-Charles Davillier y Gustave Doré veinte años más tarde también emplean esta ruta.

(18) FORD, R. *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa (Reino de Granada)*. Madrid 1980, 43.

to Málaga de 1777-, pues el Peñón constituía casi siempre una de las principales escalas en su viaje por Andalucía.

Sin duda, la vista más impresionante la obtienen quienes arriban por mar, procedentes en la mayoría de los casos del Estrecho. Todos ellos, sin excepción, quedan admirados cuando el barco se acerca al puerto malagueño: la brillante luz mediterránea; la acogedora bahía; los montes que rodean la ciudad y que casi la empujan al agua; los volúmenes cúbicos de la Alcazaba y Gibralfaro presidiendo el caserío, del que sobresalen las torres de las iglesias y, en especial, la mole de la Catedral... Un bello espectáculo que, pese a demasiados desmanes urbanísticos, aún hoy día sigue maravillando (no obstante, los desastres constructivos se ven en parte compensados por la repoblación forestal de los montes). Pero dejemos que algunos de los viajeros nos describan sus emociones. *Spain in 1830*, publicado en Londres al año siguiente, es el testimonio de Henry David Inglis, un escocés que llegó a la ciudad procedente de Gibraltar:

Málaga tiene aspecto impresionante desde el mar: está en el centro de una amplia bahía, flanqueada y dominada por altas montañas y por las pintorescas ruinas de sus fortificaciones y su castillo, que ocupa la colina que se levanta al este, y parecen por su gran extensión los restos de una antigua ciudad (19).

En términos más poéticos se expresa Vasili Petrovich Botkin, un ruso que en 1845 permaneció más de dos meses en nuestra ciudad y que publicó doce años más tarde sus vivencias en *Cartas desde España*. El viajero consigue transmitirnos un bello efecto auténticamente pictórico:

Tomé el barco que venía de Cádiz a Málaga, desde el que escribo estas líneas. Nunca olvidaré la agradable sensación que experimenté cuando, despertado por el ruido de la cadena del ancla, subí al puente. El sol acababa de aparecer tras las olas: las casas blancas de Málaga aparecían cubiertas de un maravilloso tornasol rosa, y a su lado el azul oscuro del cielo matinal parecía teñido de un rubí opaco; por detrás de este conjunto de construcciones de color rosa vivo se perfilaban montañas de suaves contornos, recubiertas de una vegetación espesa...; por vez primera la vegetación de España se presentó ante mí tranquila y apacible (20).

(19) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 37.

(20) En *Ibidem*. 117.

Edmondo de Amicis también llegó a nuestra ciudad en barco, si bien su estancia, de unas pocas horas, sólo constituyó una escala en su camino hacia Granada. Incluso en una fecha tan tardía como 1873, el autor de *Corazón* nos ofrece una primera visión de Málaga muy pictórica, cargada de romanticismo, en su libro de viajes *La Spagna*. Romanticismo que se manifiesta principalmente en la exageración hiperbólica del tamaño y colorido de las ruinas de Gibralfaro y de los montes que rodean la ciudad:

La ciudad de Málaga, vista desde el puerto, presenta un aspecto agradable y majestuoso. A la derecha, una alta montaña pedregosa, en cuya cima y pendiente se ven las gigantescas y negras ruinas del Castillo de Gibralfaro, famoso por la resistencia desesperada que opusieron los árabes, en él encerrados, al ejército de Fernando e Isabel; y al pie de la montaña, la catedral, que se eleva majestuosamente por encima de los demás edificios que la rodean y lanza hacia el cielo, como diría un poeta atrevido, dos hermosas torres y un altísimo campanario. (...) A la izquierda de la Catedral y a lo largo de la playa, una hilera de casas grises, moradas, amarillentas, con ventanas y puertas rodeadas de una faja blanca, que recuerdan los pueblos de la ribera de Génova. Más allá un círculo de colinas verdes y rojizas, que cierran a la ciudad como las murallas de anfiteatro; a derecha e izquierda el borde del mar, altas montañas, colinas y peñascos hasta perderse de vista. El puerto estaba desierto, la playa tranquila, el cielo puro y sin nubes (21).

Con lo que llevamos expuesto puede comprobarse que casi la totalidad de los viajeros reciben una grata impresión de su primer contacto con Málaga, en especial los que vienen en barco. El magnífico emplazamiento de la ciudad, rodeada de montañas, la presencia de atractivos monumentos, la luminosidad de su atmósfera en días soleados y la riqueza agrícola de su entorno, se unen para dar como resultado un pintoresco conjunto que embarga la visión del espectador, una magnífica escenografía que hace que éste arda en deseos de penetrar en la ciudad.

Pero todo cambia cuando el viajero pisa el suelo malagueño. En la gran mayoría de los casos, aquel embrujo inicial suele desvanecerse como si de un castillo de naipes se tratara. La ciudad es bella desde fuera, vista de lejos, pero al penetrarse en ella, al verse con detalle, pone en evidencia sus no pocas

(21) En MAPELLI, E. *Escritos malagueños*. Málaga 1983, 32-3.

limitaciones. Y si el extranjero, como casi siempre sucede, ha visitado antes Sevilla, Granada, Córdoba o cualquier otra ciudad monumental española, el contraste con nuestra capital es aún más violento. El problema de Málaga no es que sea fea, sino que no conserva la grandeza histórico-artística ni el consiguiente poder de evocación de aquellas. Richard Ford es bien explícito:

Málaga es una ciudad bella, pero puramente comercial: un día bastará para verla. Tiene pocos atractivos, aparte del clima, las almendras, las uvas pasas y el vino dulce (22).

Al situarse en ese contexto, el calificativo *bello* pierde de esta forma gran parte de su carácter elogioso para convertirse casi en un sinónimo de anodino o insulso. Realmente, lo que atrae de Málaga a los viajeros es la bonanza de su clima, su luz, su colorido, su vegetación, sus productos... Como ahora veremos, su urbanismo y su arquitectura es lo que menos les interesa.

En términos semejantes se había expresado con anterioridad William Jacob, para quien, sin embargo, Málaga no constituía ninguna excepción, ya que su problema era algo endémico a la totalidad de las poblaciones de España. Lo que sí es excepción es la dureza de sus palabras, pues este desprecio general era muy poco frecuente entre los viajeros. En *Travels in the South of Spain, in letters written A.D. 1809 and 1810*, publicado en Londres en 1811, afirma:

Como todas las ciudades españolas, Málaga ofrece un hermoso aspecto desde lejos, pero no soporta una inspección de cerca (23).

Astolphe Custine, Marqués del mismo nombre que visitó nuestra ciudad en 1831, insiste también en *L'Espagne sous Ferdinand VII* (París, 1839) en el contraste existente entre el enclave y la fisonomía interna de la ciudad:

Málaga no es exactamente una bella ciudad, pero se encuentra en un lugar pintoresco (...) (24).

El testimonio que ofrece Botkin sobre el particular guarda sospechosas semejanzas con el de Custine; algo que no exclusivo de ellos, ya que es habitual que determinados viajeros recurran para pasajes concretos a la información suministrada

(22) FORD. *op. cit.* 78.

(23) En CANALES, A. «La Málaga de William Jacob», *Jábega* 52, 1986, 67.

(24) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 60.

por las guías o por otros libros de viajes. Pero en algunos casos, como éste o el de Thomas Roscoe, cuya obra *The tourist in Spain* (Londres, 1835) se inspira demasiado en la de Inglis (25), el plagio llega a hacerse con descaro. He aquí las palabras del ruso:

Málaga, como ciudad, no es en absoluto bella, pero su entorno es muy pintoresco (...) (26).

La subjetividad es, como ya dijimos, la principal cualidad de los libros de viajes del XIX. Y esta subjetividad es bien patente en la contrastada valoración que establecen de Málaga: mientras que para unos es fundamentalmente negativa, para otros es muy positiva. Así, por ejemplo, el británico George John Cayley, en su obra *Las Alforjas; or, the Bridle Roads of Spain* (1853), la considera una ciudad sin interés alguno, *impresión compartida por los muchos convalecientes que allí residían por razón del buen clima, y confesaban morir de aburrimiento* (27). En cambio, Davillier opina todo lo contrario en *L'Espagne* (París, 1874), libro profusamente ilustrado por Doré en el que se recuerdan las vivencias del viaje que ambos efectuaron en 1862:

Málaga la hechicera,
La de eternal primavera,
La que baña dulce el mar
Entre jazmín y azahar,

tal es el saludo que dirige un poeta español a una de las más bonitas ciudades de Andalucía, y nunca hubo alabanzas más merecidas. Inmediatamente después reconoce el aspecto alegre y animado de la ciudad, que nos chocó desde nuestra llegada y que contrasta con la calma y el silencio de las calles de Granada (28).

Volviendo al terreno de las críticas, hay incluso algunos viajeros que ni siquiera encuentran apreciable el famoso clima malagueño. Es el caso de Augustus John Cuthbert Hare, británico que tras viajar por nuestro país en 1871-72, deja escrito en *Wanderings in Spain*:

(25) GÁMIR SANDOVAL. *op. cit.* 29 y CANALES, A. «Viajeros en Málaga», *Gibralfaro* (24), 1972, 201.

(26) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 118.

(27) ROBERTSON, I. *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*. Madrid 1988, 294.

(28) DAVILLIER, C. *Viaje por España*. (Ed. de Arturo del Hoyo). Madrid 1957, 292.

Málaga es el lugar más caro de España, siendo también aquel donde se observa una influencia inglesa más profunda. Los precios casi llegan a doblar a los de otras ciudades del norte. Nos extrañó que aquella ciudad fuera lugar de retiro para jubilados, puesto que, cuando la visitamos, un viento huracanado soplaba del Este y levantaba por todas partes una polvareda de finísimo polvo blanco. Esta contrariedad, casi permanente, priva de todo placer al paseante. Hay muy poco que ver (29).

¿A quién creer? Obviamente las opiniones están en relación directa con una serie de factores variables: la coyuntura en la cual la ciudad es conocida, el carácter y la cultura de los viajeros, los ambientes por los que se mueven,... La solución, en muchos casos, se encuentra en un término medio que sin duda resulta difícil de verificar.

Pese a esa casi general decepción inicial, la gran mayoría de los viajeros reconoce a Málaga una serie de virtudes. El que sean muchas o pocas depende, como hemos visto, del gusto personal. Pero al menos, se intenta ofrecer una valoración ponderada, y no faltan los elogios a determinados aspectos. Es decir, suelen admitir que ha merecido la pena conocerla. La exagerada excepción a la regla la constituye Frances Elliot, una inglesa que vino en 1882 y a la que Málaga no sólo no le gustó en absoluto, sino que le causó auténtica repulsión en todos los sentidos, hasta el extremo de llegar a perder la compostura en su *Diary of an idle woman in Spain* (Londres, 1884):

¡Un lugar horrible! ¡Me gustaría soltar palabrotas! ¡Un lugar bestial! ¡Diré tacos! ¿Pero en español o en italiano?

Todo es sol, mugre, tráfico, buques mercantes, malos olores, ruido de cascabeles de mulas, traqueteo de ruedas, gritos, chillidos, repugnancia y polvo. (...)

Málaga es a Cádiz lo que Hiperión es a un sátiro (estoy en vena para citar a Hamlet). ¡Málaga es un lugar horroroso! ¡Vosotros, miles de viajeros ingleses, eludidla! ¡No penséis en tal lugar! ¡Borradlo del pensamiento y arrojadlo lejos como un casco de vasija! (...)

Soy minuciosa en detallar todo esto porque existe en el ambiente una falsa idea acerca de Málaga: un prestigio, una moda sobre ella y su clima (30).

(29) En BERNAL RODRÍGUEZ. *La Andalucía...op. cit.* 196. Bernal utiliza la 6ª edición de la obra de Hare (Londres, 1892).

(30) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 180-1.

Por fortuna, las exageraciones de esta dama no constituyen la norma. Málaga tenía muchas carencias, desde luego, pero no hasta el extremo que indica Elliot. Puede que su estancia y su contacto -más bien escaso- con los malagueños no fuera agradable, y que quizás sufriera algún problema, pero su arcano desprecio tiene mucho de irracional. De hecho, ella misma lo reconoce, paseando por el muelle:

No hay motivo para que Málaga resulte tan odiosa. Desde el muelle se contempla una admirable perspectiva de montañas, bastante melladas para ser absolutamente dolomíticas, con ciudades de paredes blancas, bañándose en el mar: en las laderas escabrosas de las montañas, aldeas, torres y quintas con su pedazo oscuro de bosque sobre un fondo amarillento, purpúreo, propiedades de principescos mercaderes que saben cómo utilizar sus vapores. Sin embargo, nada, ni aun los Wilkinson [la familia del cónsul inglés], podría hacer que me guste (31).

No obstante, y pese a sus exageraciones, las palabras de Elliot nos sirven para constatar un hecho cierto: que ya entonces había quedado atrás la época de los viajes románticos.

3. EL URBANISMO.

Una vez alojado en posada, casa de pupilos, fonda u hotel, la mayoría de ellas situadas en las cercanías del puerto, el viajero procede con diverso entusiasmo a recorrer la ciudad (32). Conocimiento del que depende que mantenga o altere aquella primera impresión recibida. Pero en lo que a urbanismo se refiere, apenas se modifica. Realmente, pocos extranjeros comprenden el trazado de Málaga, concretamente el de su viejo centro -los barrios populares, como Perchel y Trinidad, apenas son visitados. Y eso significa no entender el urbanismo musulmán, orgánico y geomórfico. Tienen profundamente asumida, debido a la cultura urbana predominante en sus países desde el Renacimiento, la idea de

(31) En *Ibidem*. 184-5.

(32) Sobre estos establecimientos, con especial atención a los malagueños: RECIO MORA, R. «Aproximación a una historia de los edificios hosteleros españoles durante los siglos XVIII y XIX», *Boletín de Arte* 13-4, 1992-3, 171-93. Tratar la relación de los viajeros con su hospedaje excedería los límites de este artículo. Tan sólo diremos que no abundan las opiniones desfavorables, y que incluso se resalta la calidad, comodidad y buen servicio de varios de ellos, que superan la media nacional. Algunos de estos locales utilizados por los visitantes extranjeros son: «Fonda de las Cuatro Naciones» (Robert Semple y John Carr en 1809 y Edward Napier en los años 30), «Posada de los Tres Reyes» (Inglis en 1830, Charles Rochfort-Scott en 1838 y Gautier en 1840), «Fonda de la Alameda» (William George Clark y Thomas Debary en 1849), «Hotel La Danza» (Isabella Romer en 1842 y Martin Haverty en 1843), «Fonda de Oriente» (Hans Christian Andersen en 1862) y «Hotel Lertora» (Francesco Varvaro Pojero en 1882).

la primacía de la ciudad ortogonal y regular, con calles rectilíneas trazadas a cordel. Para ellos, cualquier población diseñada de otra forma es simplemente una ciudad mal trazada. Las callejuelas zigzagueantes y estrechas de las urbes andaluzas, y en este caso de Málaga, les resultan absurdas, incómodas e imperfectas. No suelen advertir las razones que habían llevado en época medieval a la creación de esa fisonomía urbana, como la intimidad casi sagrada propia del mundo islámico, la concentración en lo interior (en este caso en las viviendas, que crecen con libertad en detrimento de la calle), el gusto por la sorpresa o la búsqueda de sombra en un clima caluroso. De hecho, el urbanismo es una de las pocas cosas que no admiran de la cultura islámica. Como muestra, he aquí los juicios de algunos de esos viajeros, en cuyos libros abundan dos epítetos para definir el trazado de Málaga: *moro* y *morisco* (33). Por ejemplo Inglis, a quien Málaga le resultó *una ciudad interesante, agradable y hospitalaria*, no opina igual de su trazado:

Las escenas callejeras de Málaga me parecieron interesantes debido a su novedad; pero las calles en sí mismas presentaban poco atractivo (34).

Es decir, Inglis se siente atraído por los personajes que pueblan las calles, no por estas últimas. Tal preferencia por lo humano es una constante en los viajeros románticos, para quienes el espacio de la ciudad es un mero escenario en el que se desarrollan las típicas escenas costumbristas que tanto ansían contemplar (y que les sirven para exponer su interpretación de la sociedad local) o en el que proyectan sus románticas evocaciones del pasado. Como indica López Ontiveros, *la valoración estética de los cascos históricos como conjuntos urbanísticos es posterior a esta época* (35). De ahí que no tengamos testimonios de la fisonomía de los barrios populares, ya que cuando algún extranjero visita El Perchel o la Trinidad, busca exclusivamente costumbres y personajes típicos (así, por ejemplo, Davillier y Doré dedican varias páginas y grabados a los charranes de El Perchel, mientras que del arrabal tan sólo indican el origen de su nombre).

Botkin insiste en el origen medieval de las recoletas callejuelas del centro y, si bien con propósito de crítica y exagerando su efecto siniestro, advierte esa sensación de aventura -por sorpresiva- que embarga a todo el que deambula por ellas:

La mayor parte de la ciudad conserva su carácter moruno, y es fácil perderse en sus calles sombrías y tortuosas (36).

(33) Sólo a Andre François Miot, Conde de Mileto, las calles le resultan *rectas, aunque estrechas*, como escribe en sus *Mémoires* (París, 1858). En MAJADA NEILA. op. cit. 32.

(34) En *Ibidem*. 37-8 y 39-40.

(35) LÓPEZ ONTIVEROS. art. cit. 46.

A Frances Elliot se deben, por supuesto, las más duras palabras sobre el urbanismo de Málaga, al que, con su habitual estilo histérico, considera sin personalidad alguna:

Las calles son feas; su estilo bastardo: ni moro, ni español, ni africano; ni occidental, ni oriental; ni turco, ni hindú, ni chino. ¡Málaga! ¡Vaya lugar! (37)

Íntimamente unido a esta estructura urbana se encuentra el problema de la suciedad, favorecido sin duda por los numerosos recodos de las callejuelas. Situación de la que se hacen eco algunos viajeros, básicamente en la primera mitad del siglo. Así, como indica en *A Summer in Andalusia* (Londres 1839), el británico George Dennis observa en 1836 que determinadas calles *resultan extremadamente ofensivas tanto para el olfato como para la vista* (38). Málaga no era una ciudad demasiado limpia, eso es cierto; pero también es verdad que ese era un problema del que no escapaba casi ninguna de las poblaciones occidentales (precisamente en Inglaterra se estaba desarrollando en aquellos momentos el brutal fenómeno de los *slums*, barrios obreros que presentaban ínfimas condiciones de vida), pese a que desde el XVIII se habían conseguido notables progresos en este campo. Son justo esas mejoras, tanto en higiene como en equipamiento práctico, las advertidas por Alexandre Laborde, cuya visión es completamente diferente a la de Dennis. La verdad, como siempre, debe hallarse en un término medio:

(...) las calles son estrechas a lo morisco, pero empedradas y limpias, y decoradas con buenos edificios, fuentes públicas, y buen alumbrado por la noche (39).

El empedrado había sido un aspecto atendido con mayor o menor fortuna -según la coyuntura económica- por las autoridades locales en el siglo XVIII; pero fue en la siguiente centuria cuando esta importante labor dio sus mejores frutos, equiparándose Málaga a otras ciudades nacionales e incluso europeas. En cuanto al alumbrado público, Laborde conoció el de aceite, cuyas lámparas se instalaron en las principales calles a partir de 1802 (40). Y más adelante, reseña la importancia

(36) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 118.

(37) En *Ibidem.* 181.

(38) En KRAUEL, B. *Viajeros británicos en Málaga (1760-1855)*. Málaga 1988, 26

(39) LABORDE, A. *Itinerario descriptivo de las provincias de España*. Valencia 1816, 430.

(40) MORALES FOLGUERA, J.M. *La Málaga de los Borbones*. Málaga 1986, 82.

que para el abastecimiento de agua a la ciudad tuvo la construcción a finales del XVIII del Acueducto de San Telmo, posible gracias a la financiación del obispo Molina Lario (41).

En 1857, el sueco Anders Robert von Kraemer regresa a Málaga tras haberla conocido seis años antes. En *Tva Resor i Spanien* («*Dos viajes por España*», Estocolmo, 1860), recoge las novedades que observa, ya que *Málaga ha progresado desde entonces y ahora tiene faroles de gas (...)* (42). Este avance en la iluminación pública se había introducido en la ciudad en 1852 (43).

Hay sin embargo una calle que centra la atención de todos los viajeros y que suele recibir los más encendidos elogios: la Alameda. Este paseo, construido sobre terrenos perdidos por el mar (44), inaugurado en 1785 siguiendo el modelo ilustrado, en especial el del Prado madrileño (45), y claramente diferenciado de la vieja ciudad, se convierte inmediatamente en el espacio burgués por excelencia de Málaga -donde durante todo el XIX habitarán las más ricas familias de la ciudad-, a la vez que en el centro de la vida social (46). Debido a su calidad y condición de calle principal, es dotada a lo largo del siglo con las principales novedades en materia de equipamiento urbano, tanto práctico como estético. De ahí que se convierta en el auténtico estandarte de la modernidad en Málaga, de la nueva imagen que ésta quiere transmitir al exterior, y como tal es entendida por los extranjeros. Sólo en ella, con su rectilíneo trazado, sus árboles y sus palacetes, encuentran el buen gusto europeo que tanto les reconforta, y que les hace no sentirse demasiado extraños fuera de su patria (47). Además, el poder de atracción del paseo se incrementa por otros tres motivos. En primer lugar, por su céntrica situación junto al puerto, que lo convierte en uno de los primeros monumentos

(41) LABORDE. *Itinerario descriptivo de las provincias de España*. Valencia 1826 (2ª ed.), 471.

(42) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 130.

(43) MORALES FOLGUERA, J.M. *Málaga en el siglo XIX. Estudios sobre su paisaje urbano*. Málaga 1982, 15.

(44) Davillier es de los pocos en anotar el origen de la Alameda: *una gran avenida conquistada antiguamente al mar*. DAVILLIER. *op. cit.* 292. Más adelante también lo hará Amicis.

(45) Curiosamente, sólo hemos encontrado un viajero que exponga la semejanza de la Alameda con el Paseo del Prado: John Carr, en su *Descriptive Travels in the Southern and Eastern Parts of Spain and the Balearic Isles, in the year 1809* (Londres, 1811). KRAUEL HEREDIA. *Viajeros británicos en Andalucía...op. cit.* 291.

(46) Sobre la Alameda: GARCÍA GÓMEZ, F. *Los orígenes del urbanismo moderno en Málaga: el Paseo de la Alameda*. Málaga, 1995.

(47) Así, en *Wanderings in Spain in 1843* (Londres, 1844), el británico Martin Haverty reconoce que le *impresionó la hermosa y la apariencia europea de algunas de sus principales vías públicas*. Es decir, la Alameda y sus calles adyacentes, entre las que destacaba la Alameda de los Tristes, creada en la segunda década del siglo. En KRAUEL HEREDIA. *Viajeros británicos en Andalucía...op. cit.* 292. Carácter internacional en el que también insiste Botkin: *Sólo las calles que dan al puerto están construidas al estilo europeo*. En MAJADA NEILA. *op. cit.* 119.

que el viajero descubre tras la Catedral y las ruinas árabes. En segundo lugar, por la presencia en él de algunos de los mejores edificios hosteleros de la ciudad, concretamente los más usados por los extranjeros: las fondas «Las Cuatro Naciones» y «Alameda», y el «Hotel de Oriente». Por último, porque ahí podía encontrar una magnífica representación de la sociedad malagueña para ser observada e incluida en su libro.

Salvo las excepciones de Hare, quien opina que la Alameda es sólo *un paseo polvoriento entre árboles insignificantes* (48), y la habitual de nuestra inefable Frances Elliot, a quien le pareció *guijo seco plantado de palos no más largos que dedos* (49), lo que predominan son las alabanzas al paseo. La mayoría de los viajeros comprenden a la perfección la innovación que ha supuesto respecto al urbanismo del casco antiguo (50). Como casi todos ellos hablan del paseo en términos similares, nos limitaremos a incluir sólo los juicios más interesantes. Así por ejemplo, Miot, en su breve descripción, advierte esa preponderancia que a partir del XVIII las alamedas españolas adquieren en la vida pública de las ciudades, sustituyendo en esta función a las viejas plazas mayores:

La Alameda, especie de avenida bordeada a ambos lados de hermosos edificios, sembrada de naranjos y de fragantes arbustos, adornada con fuentes, sirve de plaza pública y de paseo (51).

William Jacob dedica en su libro un extenso párrafo a la descripción del admirado paseo:

La Alameda es la única parte bonita de la ciudad: es verdaderamente magnífica. Consiste en un paseo en el centro, de unos ochenta pies de ancho, con naranjos y adelfas plantados a cada lado, con buenas calzadas para carruajes y, a ambos lados, suntuosos y elegantes edificios. Cuando los árboles lleguen a alcanzar el tamaño suficiente para producir sombra, será un lugar delicioso. En la actualidad, son solamente arbustos (52).

(48) En BERNAL RODRÍGUEZ. *La Andalucía...op. cit.* 196.

(49) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 181.

(50) En un próximo artículo dedicado a los viajeros y la arquitectura malagueña, ofreceremos sus opiniones sobre las casas de la Alameda.

(51) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 32.

(52) En CANALES. «La Málaga...art. cit. 67.

Pese a que la adelfa no es precisamente su especie favorita, el Marqués de Custine no tiene más remedio que reconocer los valores del paseo:

La Alameda de Málaga es un hermoso y ostentoso paseo lleno de adelfas. Estos arbustos, alineados a lo largo de las calles de la ciudad, tienen un aire artificial, más extraordinario que agradable; sin embargo, esta alameda es célebre en España. A las horas del paseo público, las plantas son regadas por canalillos artificiales (53).

Si bien algunos viajeros muestran ciertos reparos hacia los árboles que dan frescor al paseo, absolutamente todos los que hablan de ella admiran la magnífica fuente que adorna el extremo oriental de la Alameda, y que es su principal punto de atracción en aquellos momentos (54). Se trata de la llamada Fuente de Génova o de Carlos V, una obra con algunos fragmentos italianos del siglo XVI que, según la tradición, habían sido robados por Barbarroja cuando viajaban con destino a España, concretamente para D. Francisco de los Cobos (55). Una vez recuperada y reformada, se ubicó primero en la Plaza Mayor, siendo trasladada en 1807 a la Alameda. La elegancia y calidad de su trabajo en mármol es destacado por los extranjeros, admirados de encontrar en la ciudad una obra de estas características. Muchos, como Jacob, dedican más espacio a describirla que a la mismísima Alameda. Pero lo que más les llama la atención es su iconografía, a base de personajes mitológicos de la mar, por supuesto completamente desnudos. El puritano Robert Semple llega incluso a escandalizarse:

El diseño general de la fuente es elegante, y da crédito al artista, pero en muchas de sus figuras hay una falta de pudor que repugna a la vista de un inglés, especialmente cuando, como en este caso, la fuente se exhibe en público (56).

Richard Ford, en cambio, considera que sus figuras femeninas se encuentran *un poco demasiado desvestidas para la decencia española* (57). Cuestión de moral y gustos, tanto individuales como nacionales, ya que otros viajeros no se preocupan por estos problemas a la hora de disfrutar la visión de la fuente. Es el caso del

(53) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 61.

(54) En la última década del XIX es sustituida por el monumento al Marqués de Larios y trasladada al Parque, donde se encuentra en la actualidad.

(55) ROMERO TORRES, J.L. «El Patrimonio Escultórico», en A.A.V.V. *Patrimonio Artístico y Monumental*. Málaga 1990, 148.

(56) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 27.

(57) FORD. *op. cit.* 82.

siciliano Francesco Varvaro Pojero, quien, como narra en *A traverso la Spagna* (Milán, 1886), encuentra a un viejo amigo francés precisamente divirtiéndose con esa contemplación:

La fuente es una bella taza de mármol adornada de graciosos sátiros y sirenas que echan agua por la boca, el pecho y también por otras partes.

Delante de la fuente había un caballero, que mientras la observaba profería las más sonoras carcajadas. ¿Sabéis quién era? El capitán Patour.

-¡Una graciosa fuente!- exclamó cuando me vió, haciéndome notar las impudicias de aquellos sátiros y sirenas (58).

Aparte de la fuente de Génova, el paseo contaba en el XIX con una serie de esculturas y bustos clásicos que se habían instalado a partir de la reforma llevada a cabo en 1807 por el gobernador Teodoro Reding. Botkin es uno de los escasos viajeros que las recoge en sus escritos, si bien no se ha podido verificar ese origen romano que él les atribuye. La Alameda:

Es un gran boulevard de cinco sagenas de ancho, bordeado de frondosas plantas sudamericanas por entre las cuales se encuentran bustos de mármol de la época romana, exhumados en los alrededores de la ciudad (59).

Pero las más bellas palabras extranjeras dedicadas a la Alameda se deben a Hans Christian Andersen, quien en 1862 disfrutó de unos agradables días en nuestra ciudad. En *I Spanien* (Copenhague, 1863), la crónica de su viaje, evoca con lirismo el alegre ambiente que en ella se vivía y, por supuesto, la belleza de la mujer malagueña:

Nuestro balcón daba a la Alameda, con sus árboles verdes, su fuente y multitud de personas paseando de allá para acá. Había beduinos descalzos vistiendo albornoces blancos, judíos africanos con caftanes bordados, señoras españolas con mantillas negras, mujeres con chales de vivos y alegres colores, jovencuelos elegantes a pie y a caballo, campesinos, portadores; vida y movimiento por todas partes.

(58) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 191.

(59) En *Ibidem.* 118.

Nuestro balcón estaba protegido del sol por una marquesina, y sentados a la sombra contemplábamos la gente en la Alameda y disfrutábamos de la vista del puerto y del mar. El camarero nos sirvió cerveza inglesa, una bebida celestial después de varias semanas de vino calentorro y agua poco fría mezclada con anís. Verdaderamente uno se sentía a gusto. El sol se puso y nació la noche. Estaba sentado fumando un cigarro liado, al estilo español (...) Las lámparas se encendieron antes de que la luz del día desapareciera totalmente, salieron las estrellas y la muchedumbre aumentó en la calle. La gente paseaba bajo los árboles sobre la blanda tierra; el pavimento estaba lleno de carruajes y jinetes. Una banda tocaba fragmentos de Norma. Sentí la necesidad de bajar a la Alameda y unirme a la multitud para admirar a las hermosas mujeres de ojos oscuros y brillantes, que tan graciosamente agitaban sus abanicos negros de lentejuelas (...) Todo el mundo parecía alegre, como si la vida sólo mostrase su lado agradable (60).

Contrastado con la Alameda, el resto de la ciudad les resulta aún más mezquino, confuso y carente de interés; al mismo tiempo, el paseo resulta fortalecido por esta comparación. Edmondo de Amicis lo deja bien claro:

El interior de la población no ofrece nada de particular. A excepción de la ciudad nueva, que se levanta en el sitio ocupado antes por el mar y que se halla construida a la moderna, con calles anchas y rectas, (...) el resto es un laberinto de feas y tortuosas callejuelas (...) (61).

Aparte de la Alameda, tan sólo se valoran otras calles regulares como la Nueva (abierta en el siglo XV para comunicar el centro con el puerto y dedicada al comercio) y las escasas plazas con que cuenta -aún hoy día- la ciudad, en especial la céntrica Plaza Mayor, luego de la Constitución (de origen islámico, hasta finales del XIX fue el centro administrativo de la ciudad) y la más amplia de la Merced (que había surgido extramuros tras la reconquista). Son estas dos últimas los únicos espacios urbanos destacados por Laborde, para quien el *interior de la ciudad está en gran parte mal delineado* (62). Es el italiano Francesco Varvaro Pojero, quien viene a Málaga en la década de los 80, el que dedica más párrafos a la

(60) En *Ibidem.* 135-6.

(61) En MAPELLI. *op. cit.* 33.

(62) LABORDE. *op. cit.* (2ª ed.), 471.

calle Nueva (la considera la más importante) y a la ya entonces llamada Plaza de la Constitución, con una animada vida pocos años antes de abrirse la calle de Larios:

Paseando juntos llegamos a un laberinto de calles estrechas y tortuosas, desde donde luego salimos a la «Calle Nueva», que por su situación, sus comercios y las casas que la flanquean puede considerarse la principal de la ciudad.

Las calles de Málaga, salvo algunas modernas, no son ni más anchas ni más estrechas que las de las otras ciudades andaluzas. La misma «Calle Nueva» no tiene probablemente ni siquiera más de cuatro metros de ancha. Menos mal que no se permite el paso de coches y carrozas. Por eso es por lo que se ve tan frecuentada de señoras, sobre todo al anochecer; mejor dicho, sólo al caer la noche, ya que de día las damas españolas no sacan fuera de casa ni la punta de la nariz.

También Málaga tiene su «plaza de la Constitución». ¿Qué ciudad, qué pueblo no la tiene en España? Es un amplio cuadrilátero con varios grandes edificios alrededor. Los principales cafés de Málaga se encuentran en esta plaza. El café de la «Loba», en donde estuve con el capitán tomando un helado, es uno de los más bellos y magníficos de España. Una parte de él está al aire libre, y se resguarda del sol con una magnífica parra. Todos estos cafés están siempre muy concurridos, y se juega de la mañana a la noche al dominó (63).

Por último, hay que recordar que durante el siglo XIX, Málaga fue alterando su fisonomía, fundamentalmente a partir de mediados de siglo, cuando se hizo efectivo el fenómeno desamortizador y se convirtió en una ciudad burguesa. Sin embargo, casi ningún viajero testimonia dicha transformación. La causa principal de esta omisión creemos que reside en que el cambio se manifestó sobre todo en la arquitectura doméstica, en el alzado de las calles, mientras que se mantuvo en lo básico el antiguo trazado de origen medieval. La creación de algunas vías rectilíneas superpuestas al viejo casco, cuyo ejemplo más representativo es la calle de Larios, no se llevó a cabo hasta finales del siglo, cuando ya el número de libros de viajes había descendido considerablemente.

(63) En MAJADA NEILA. *op. cit.* 192.